

Jesús y su Dios-*Abba*
Una pequeña cristología

Leonardo Boff

Traducción de María José Gavito

MINIMA TROTTA

ÍNDICE

<i>Introducción</i>	11
Perfil de Jesús de Nazaret	15
La parte femenina de Jesús	21
Despatriarcalización del imaginario y del lenguaje	21
¿Dónde está la cuestión teológica?	26
Las escrituras patriarcales hablan de lo femenino ...	28
Jesús, amigo del género femenino, aprendió de las mujeres	34
Relevancia de la resurrección para la cristología	41
La resurrección como insurrección: el verdugo no triunfa sobre la víctima	45
La carne (jesuología) precede al espíritu (cristología) ...	51
El proyecto fundamental de Jesús: unir el padre nues- tro con el pan nuestro	57
De un monoteísmo estricto a un monoteísmo trini- tario	61
La importancia del bautismo de Jesús: la conciencia de ser Hijo de Dios- <i>Abba</i>	63
La experiencia originaria: la cercanía de Dios- <i>Abba</i> ...	67

Jesús y las tentaciones en el desierto: los tres proyectos de poder	71
La gran transformación: la amorosidad de Dios- <i>Abba</i> ...	77
La espiritualidad del Jesús histórico: sus tres pasiones	81
Cómo revela Jesús el amor y la ternura de Dios- <i>Abba</i> con gente de mala fama	87
No hay condenación eterna, solo temporal	91
El rechazo del amor incondicional de Dios- <i>Abba</i>	95
Inversión: la conversión del padre del hijo pródigo	99
El futuro del amor radical de Dios- <i>Abba</i> y de Jesús	101
Una cristología abierta al futuro	103
<i>Conclusión</i> : la amorosidad de Jesús y el destino de la vida en la Tierra	107
<i>Bibliografía esencial</i>	109

INTRODUCCIÓN

A lo largo de mi oficio de teólogo he escrito cerca de mil páginas sobre Jesucristo. Pero, aunque parezca mucho, en realidad es muy poco. Es verdad lo que se dice al final del evangelio de Juan: «Ni todo el mundo bastaría para contener los libros que se escribieran» sobre quién fue Jesús (Jn 21,25). He escrito también muchos libros sobre diversos temas: teología, filosofía, ecología y otros, pero ninguno me ha dado tanta alegría interior como escribir esta pequeña cristología. En ella se aborda un tema que la mayoría de los teólogos evita exponer por miedo a psicologizar la experiencia única de Jesús. Pero el asunto es más profundo: se trata del momento en el que toda la vida de Jesús alcanza su culminación, es decir, sentir con plena conciencia que él es el Hijo amado de Dios Padre, Dios de infinita bondad y misericordia sin límites.

Normalmente las cosas no irrumpen de repente. Son precisos procesos de crecimiento, de evolución hasta llegar a la plena claridad. Creo que Jesús recorrió todo este proceso, empezando, para espanto de sus padres, por llamar desde pequeño a Dios *Abba*, mi querido padrecito, cosa que nunca aparece en las escrituras judaicas. Sin embargo, esta era la experiencia propia de este joven Jesús.

Pero, a mi juicio, el movimiento culmen (*apex*) ocurrió en el bautismo de Jesús por Juan el Bautista en las aguas del río Jordán. En ese momento todo se aclaró. La experiencia de Jesús fue tan profunda que inmediatamente después del bautismo se dirigió al desierto para profundizar en el significado de esa irrupción única. Allí pasa por todas las tentaciones del poder. Y a todas las supera. Comprende que su camino es el del no poder, preanunciado por el profeta Isaías (capítulo 53): ser el Siervo Sufriente. Ni siquiera regresa a casa, sino que se pone a proclamar la misericordia ilimitada de Dios, para buenos y malos, porque el amor de Dios es incondicional y acoge a todos en el arcoíris de su gracia.

Lo restante, su muerte trágica, todos lo conocemos. Pero al final irrumpe la resurrección, que es la revelación del *novissimus Adam* de san Pablo (1 Cor 15,45), la utopía del reino de Dios realizado en su persona, como Orígenes interpretaba la resurrección. En verdad, lo que sustenta la fe cristiana a lo largo de toda su historia hasta el día de hoy es la fe en la resurrección. Esta no es la reanimación de un cadáver, como el de Lázaro, sino la irrupción del «hombre nuevo, Adán»: el ser humano nuevo que ha realizado todas sus virtualidades, de suerte que la muerte ya no tiene ningún dominio sobre él. Asume las características del propio Dios.

El libro trata de esta experiencia que Jesús tuvo con su *Abba* y las consecuencias que esto tiene para nuestras vidas.

Termino con una frase muy contundente de Dostoievski: «A veces Dios me envía instantes de paz; en esos instantes, amo y siento que soy amado. En uno de esos momentos compuse para mí mismo un credo, donde todo es claro y sagrado. Este credo es muy sencillo: creo que no existe nada más hermoso, más profundo, más amable, más humano y más perfecto que

Cristo. Me lo digo a mí mismo, con un amor celoso, que no existe ni puede existir. Más aún: si alguien me probara que Cristo está fuera de la verdad y que esta no se halla en él, prefiero quedarme con Cristo a quedarme con la verdad».

Difícilmente se puede decir algo más bello y verdadero...

PERFIL DE JESÚS DE NAZARET

1. No era exactamente pobre. Era un artesano, un campesino mediterráneo y un factótum. Hacía desde mesas y sillas hasta azadas y palas. Era una profesión relativamente bien remunerada en su tiempo. Pero había hecho una opción personal por los pobres.

Era visionario, pero no soñaba con otros mundos, sino con este. Quería que la justicia, el respeto, el amor y el perdón prevaleciesen sobre el odio, el egoísmo y la arrogancia. Las relaciones deberían ser de profunda igualdad. Nadie debería ser llamado maestro, ni jefe, ni padre. Los que mandaban no mandaban. Servían a todos.

Pretendía tener poder sobre dimensiones siniestras de la existencia. Y lo tenía. Por eso curaba ciegos, purificaba leprosos, tocaba la piel de las personas que todos evitaban y las sanaba. Así, por el toque de la piel, recuperaba la humanidad negada. Llegó hasta resucitar muertos: al hijo de la viuda de Naín y a Lázaro, hermano de sus amigas Marta y María. Hasta se atrevía a perdonar pecados. Quien se sintiese mal con Dios, oía de él estas palabras consoladoras: «Tus pecados te son perdonados; ivete en paz!».

Conocía profundamente el corazón de las personas. Por eso, no juzgaba a nadie. Comprendía y mostraba

misericordia. Bien podía decir: «Si alguien viene a mí, no le diré que se vaya» (Jn 6,37). No importaba quién fuese, unos niños, un oficial romano, un rico fiscal de impuestos de nombre Leví o un teólogo avergonzado, Nicodemo.

2. En cierta ocasión, una mujer fue sorprendida en flagrante adulterio. Todos querían apedrearla. Él, de cuclillas en la arena, empezó a escribir los pecados de todos los presentes. Y estos, uno por uno, se iban marchando cabizbajos. Hasta que se quedó él solo con la mujer. Con ternura le dijo: «Mujer, ¿quién te condenó?». Se hizo un largo y embarazoso silencio. «Yo tampoco te condeno, pero no vuelvas a hacer eso».

Soñaba con una solidaridad sin límites. Incluso con los claramente extranjeros, como un samaritano. Si ves a alguien como él, caído en el camino, asaltado y herido, acude en su ayuda. Llévalo al hospital. Y deja un adelanto para cubrir los gastos.

Su sueño era que Dios no fuese sentido como un juez implacable. Ni como un señor omnipotente. Sino como un padre, más aún, como un papá, *Abba*.

Tuvo la experiencia inaudita de ser Hijo muy amado de ese Dios-*Abba*. Este era tan tierno y bondadoso que tenía las características de una madre. Era un Dios padre y madre, no solo de los buenos, sino de toda criatura humana. También de los ingratos y malos. Para el hijo dado al libertinaje, el hijo pródigo, se mostraba como padre misericordioso y para la oveja perdida, pastor solícito. Para todo pecado, ofrecía perdón. Para él, siempre es posible volver a empezar. El ser humano es en todo momento rescatable.

3. No era un asceta como los seguidores del gran Juan Bautista o como los monjes del desierto. Aceptaba

gustoso comer con quien lo convidaba, como Zaqueo. En una fiesta de bodas se preocupó al darse cuenta de que estaba faltando el vino. Su madre ya le había avisado del problema. Hizo tal vez el mayor milagro de su vida. Transformó agua en vino y no vino en agua, para que la fiesta se desarrollase alegre hasta la madrugada. No me extraña que personas envidiosas de su libertad lo llamasen comilón, bebedor y amigo de gentes consideradas malas compañías. Llegaron a llamarle loco, poseído de Belcebú y subversivo.

Su sueño, su utopía, su leyenda personal era el reino de Dios. Era un reino sin rey, solo de siervos que se servían unos a otros. Pero para que su reino-servicio fuese verdadero, debía comenzar muy abajo, desde el fondo del infierno humano. Debía iniciarlo a partir de los pobres, oprimidos y pecadores. Si no comenzaba por ellos, no sería para todos. Solamente a partir de los últimos, los penúltimos, los antepenúltimos y todos los demás hasta llegar a los primeros pueden ser alcanzados. Por eso, le gustaba decir: «¡Felices vosotros pobres! De vosotros es el reino de Dios». O sea, los pobres serán los primeros beneficiarios del reino de justicia, de buena voluntad y de intimidad con el Padre y Madre de infinita ternura.

Un sueño que se sueña en solitario es pura ilusión. Por eso quería soñar con otros. Reunió un grupito de doce en torno suyo: todos entusiastas pero sin gran consistencia. Había otro grupo mayor, de setenta y dos, que creían en él pero con muchas reticencias. Solo el grupo de las mujeres era fiel.

4. Ellas también le seguían. Se dice que María de Magdala tenía una relación especial con él. Ellas lo sostenían generosamente y nunca lo traicionaron. Se quedaron con él al pie de la cruz.